

Movimiento Urbano Popular y su legado a las luchas actuales

José Salvador Zepeda López
Universidad Autónoma de Nayarit (México)
e-mail: josezep@uan.edu.mx

Resumen

Los movimientos populares en México tienen su origen entre los años sesenta y setenta del siglo pasado. El caldo de cultivo fue la crisis política que tiene en el movimiento estudiantil popular de 1968 y su trágico desenlace del 2 de octubre y la acción represiva perpetrada en contra de estudiantes y grupos populares que se movilizaban el 10 de junio de 1971, como punto de quiebre para el régimen y el severo desgaste del aparato institucional que recurre a la violencia política, mediante la “guerra sucia” y la feroz persecución de grupos opositores.

Ante esto, distintos sectores sociales no institucionales se expresan al menos en tres campos: unos se repliegan, otros resisten y crean opciones de organización y otros más se van a la guerrilla. Se abre un inter-juego entre la vida clandestina y la pública. En esta vemos aparecer sindicatos independientes en el medio fabril y en áreas como el magisterio, organizaciones campesinas y urbano populares que permean la vida en el campo y la ciudad.

Aquí aparece el Movimiento Urbano Popular, a principios de los setenta, o poco antes, en las grandes ciudades y cerca del final, en su segunda oleada, en ciudades medias. Emerge así en Uruapan, Michoacán y Tepic, Nayarit casi a la par, entre 1979 y 1981. La constante entre este y otros movimientos sectoriales es la diferenciación frente a las organizaciones de corte priista e institucional, la reivindicación de la autonomía y las capacidades de organización y gestión, la incorporación de prácticas democráticas como es el asambleísmo, así como la democracia directa asociada al uso de metodologías participativas, que se condensa en una cultura política con rasgos democráticos. A casi cincuenta años de irrupción, la pregunta es ¿cuál es el legado del movimiento urbano popular a las luchas sociales urbanas actuales?

Palabras clave: Movimientos Sociales; Movimientos Sociales Urbanos; Movimiento Urbano Popular; luchas sociales; procesos sociales

Resumo

Os movimentos populares no México têm sua origem entre os anos sessenta e setenta do século passado. O caldo de cultivo foi a crise política que se manifesta no movimento estudantil popular de 1968 e seu trágico desfecho em 2 de outubro, assim como a ação repressiva perpetrada contra

estudantes e grupos populares que se mobilizaram em 10 de junho de 1971, como ponto de ruptura para o regime e o severo desgaste do aparato institucional que recorre à violência política, por meio da “guerra suja” e da feroz perseguição a grupos opositores. Diante disso, diversos setores sociais não institucionais se expressam ao menos em três campos: uns se retraem, outros resistem e criam opções de organização e outros mais aderem à guerrilha. Abre-se um interjogo entre a vida clandestina e a pública. Nessa, vemos surgir sindicatos independentes no meio fabril e em áreas como o magistério, organizações camponesas e urbano-populares que permeiam a vida no campo e na cidade.

Aqui surge o Movimento Urbano Popular, no início dos anos setenta, ou pouco antes, nas grandes cidades e, perto do fim, em sua segunda onda, em cidades médias. Assim, emerge em Uruapan, Michoacán e Tepic, Nayarit quase que simultaneamente, entre 1979 e 1981. A constante entre este e outros movimentos setoriais é a diferenciação em relação às organizações de caráter priista e institucional, a reivindicação da autonomia e das capacidades de organização e gestão, a incorporação de práticas democráticas como o assembleísmo, bem como a democracia direta associada ao uso de metodologias participativas, que se condensa em uma cultura política com traços democráticos. Quase cinquenta anos após sua emergência, a pergunta é: qual é o legado do movimento urbano popular para as lutas?

Palavras-chave: Movimentos sociais; Movimentos sociais urbanos; Movimento popular urbano; lutas sociais; processos sociais

Introducción (Propósito central)

El presente documento es producto de algunos años de trabajo académico y articulación con luchas sociales en el medio urbano, a lo largo poco más de dos décadas en que se han podido observar distintas situaciones, centrando la mirada sobre la dinámica conflictiva motivada por las condiciones del funcionamiento de vida en la ciudad.

El propósito central tiene que ver con la posibilidad de evaluar la influencia que ha tenido el Movimiento Urbano Popular (MUP) en el proceso de democratización del país, a partir de su irrupción a finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado en México, centrado en dos ideas fundamentales:

La primera tiene que ver con que, los otros movimientos, tanto territoriales como sectoriales (obrero, campesino e indígena), surgen en medio de la crisis del modelo de dominación cruzado con un esquema de endurecimiento en la relación estado-sociedad y la crisis del estado de bienestar que caracterizó al régimen de la revolución mexicana; la del Movimiento Urbano Popular, que alcanza en lo general poco más de veinte años hace parte de la transición política, incidiendo en el modelo de gestión de la ciudad y al mismo tiempo hace parte del proceso de democratización electoral a partir de 1988.

En ese sentido, el **Punto central de observación** sobre el MUP como una manifestación específica de los **movimientos sociales en la ciudad** (Borja, 1981; Castells, 1983; Henry, 1978) en la crisis del modelo de estado de bienestar. Y sobre el tema se puede ver a Olson (1965), Meluci (1999), McAdam (1999), Mc Phail (1991), Zibechi (2013). A partir de ello se encuentra una constante al visualizarlos como **“oleadas de reiteradas de eventos de protesta (EPS), es decir, como acciones colectivas que de manera sostenida presentan demandas a otros, mediante el uso de uno o varios repertorios de protesta, en lugares públicos determinados”** (Cadena, 2016).

En el presente documento se pretende compartir algunas reflexiones respecto a un actor social que irrumpe en el medio urbano nacional a partir de la década de los setenta del siglo pasado, principalmente en las grandes ciudades; nos referimos al Movimiento Urbano Popular (MUP); en su origen, sus primeras manifestaciones se dieron en las grandes ciudades; su trayectoria inicial ejerce un efecto dominó al expandirse en forma posterior sobre ciudades intermedias, y en algunas de las capitales de los estados, de manera fundamental, como parte del ritmo acelerado con que se daba el proceso de urbanización y el rezago social, producto de la incapacidad de las instituciones del Estado en la satisfacción de necesidades básicas de la población en los nuevos asentamientos en lo que hacía parte del nuevo rostro urbano, en su mayoría de carácter *popular*, que contribuía a la acentuación del problema para la población en general de las distintas ciudades.

De antemano se visualiza al MUP como una expresión orgánica que se convierte en referente de las luchas sociales urbanas de aquella época, en el punto de quiebre del Estado posrevolucionario en México, en que distintos sectores sociales se muestran inconformes ante la falta de atención a sus demandas, lo que plantea una inminente crisis de credibilidad y legitimidad, por lo tanto, de las instituciones, que va de la mano del desgaste del principal instrumento de control social y político, representado por el partido del gobierno y sus organizaciones de masas; ante lo cual, dichos sectores poco a poco emprenden vías distintas y alternas en la organización y sistematización de sus demandas, así como en sus formas de acción, a manera de deslinde frente al esquema estatal.

De acuerdo con ello, el texto está compuesto de tres grandes apartados, con una secuencia que parte de lo general al presentar y caracterizar el MUP en el plano nacional y se despliega al plano local, al recuperar las experiencias los casos de Tepic, Nayarit y Uruapan, como dos casos abiertamente semejantes y a la vez contrastantes, derivado de las complejidades locales y, finalmente, en un esfuerzo de reflexión sobre el nivel general y los dos casos observados, se sistematizan algunos aspectos que tienen que ver con el legado de éstos a las luchas sociales y políticas actuales.

Referentes teórico-conceptuales

Los *movimientos sociales* como marco de referencia. En la opinión de uno de los estudiosos más reconocidos, estos están reconocidos como “una acción colectiva organizada, entablada contra un adversario social, y por la gestión de los medios a través de los cuales una sociedad actúa sobre sí misma y sobre sus relaciones con su entorno” (Touraine, 1982: 690). Este mismo autor (1986) hace una distinción en función de demandas y organicidad¹ en la acción colectiva al nombrar *las conductas colectivas, las luchas y los movimientos sociales*.

Por otra parte, Mejía y Sarmiento, les definen como “las manifestaciones y las expresiones sociales de grandes conglomerados, tendientes a apoyar o cuestionar el estado de cosas específico, el sistema de relaciones vigente en determinada formación económico-social” (Mejía y Sarmiento, 1987: 14).

En un sentido político, Tarrow (1994), habla de “formas contenciosas de acción colectiva”, que constituyen un poder, un poder social alterno, que desafía a sus adversarios, despiertan solidaridad y cobran significado en el seno de determinados grupos de población, situaciones y culturas políticas, como ocurre en México en la década de los setenta y ochenta con la tendencia frentista de los distintos movimientos sectoriales. Esto supone la puesta en escena de desafíos colectivos, la concepción de objetivos comunes, la potenciación de la solidaridad y el mantenimiento de la acción colectiva; las propiedades básicas de los movimientos sociales (Tarrow, 1994: 20-21).

Por su parte Tilly y Wood (2009), logran un “constructo político” compuesto de tres elementos, que le llaman “movimiento social”:

“(1) campañas de reivindicaciones colectivas contra las autoridades afectadas; (2) un abanico de actuaciones para llevar a cabo esas reivindicaciones que incluye a asociaciones con un fin específico, concentraciones públicas, declaraciones en los medios y manifestaciones; (3) manifestaciones públicas del valor, unidad, el número y el compromiso de la causa” (p.28).

Lo anterior implica algunas condiciones: la configuración y colectivización de una causa o demanda de carácter social amplio, la articulación de esfuerzos y acciones sobre la base del interés común, la capacidad de hacer converger distintas organizaciones o asociaciones alrededor de ello y la puesta en público de la reivindicación llevada ante el adversario que carga con la exigencia y el compromiso de responder a las demandas.

Los movimientos sociales tienen la característica de abrir espacios de oportunidades de acción e interacción entre distintos actores en una disputa abierta por el territorio y la construcción de espacios

¹ Se refiere a la expresión de un conflicto a través de un órgano representativo que se mueve a partir de ciertos lineamientos que surgen de la participación consciente de la base en la formulación de un proyecto.

vitales. En ese sentido, como lo señala Tarrow (1999), tratándose de éstos como un elemento novedoso, toman desprevenidas a las autoridades que reaccionan con lentitud, lo que opera a favor de los grupos de protesta en expansión.

La disputa por la ciudad, los *movimientos sociales urbanos*

Los movimientos urbanos o movimientos sociales urbanos como fueron llamados por parte de la sociología francesa y española de tendencia eurocomunista (Pradilla, 1984), se han generado algunos desarrollos a nivel conceptual, motivados por los procesos de transformación que se venían dando en el ámbito latinoamericano, atraídos por expresiones conflictivas de la más distinta índole, y por importantes transformaciones (físico, paisajístico, demográfico, económico entre otras cosas).

Para la sociología urbana se abre un campo atractivo, en forma primaria se conforman dos vertientes: De un lado los funcionalistas como N.J. Smelser y Charles Tilly, cuyos análisis giran en torno a la activación de los factores de acción colectiva; tomando en cuenta para ello los actores como clave para la explicación de conductas colectivas que, a su vez, son interpretadas como tensiones que rompen el “equilibrio” del sistema social (Ramírez; 86: 399-421), la otra vertiente, quizá la más influyente, los sociólogos marxistas imbuidos en el esquema de análisis toureniano.

Sus aportaciones “enfatan” las contradicciones del sistema capitalista como causa de los conflictos sociales, ignorando los procesos de formación de las acciones colectivas y su relación con el sistema de dominación; reduciendo además el análisis a esquemas partidistas” (Ramírez, 1986: 400).

Entre los sociólogos marxistas, los más destacados son Castells y Borja. En sus caracterizaciones, coinciden en que los movimientos sociales urbanos tienden a propiciar en la lógica política urbana (Borja, 1974), convirtiéndose en impulsores de cambio e innovación en la ciudad (Castells, 1974).

Borja de antemano reconoce el carácter reivindicativo de los movimientos urbanos y los define como acciones colectivas del pueblo en el ámbito del consumo de la ciudad, tendientes a contrarrestar la disminución en el nivel de vida, adecuarse a nuevas necesidades, o bien, a buscar un nivel mayor de equipamiento.

Borja (1982) presenta una interesante reflexión, ello le permite armar una tipología de los movimientos sociales urbanos consistente en cuatro variantes:

- a) Movimientos generados por el deterioro de las condiciones de vida de la población (movimientos puntuales).
- b) Movimientos generados por la amenaza que representa la acción urbanística.
- c) Movimientos derivados del déficit constante de vivienda y servicios.

- d) Movimientos de oposición a la política urbana de la administración (considerando el tipo más avanzado, el cual pone en cuestión la orientación, los objetivos y los métodos de la política urbana del Estado).

Estos tipos hacen referencia de la situación en lo que corresponde al modo de producción capitalista y la ciudad como un producto del mercado. Por una parte, está la presencia del Estado como órgano de gestión al que recurren los movimientos, y por otra parte la burguesía, cuyo papel protagónico no es muy notable en la medida que el Estado mismo llega a representar sus intereses. Otra de las cosas es su posición, siempre en contradicción con el Estado, pero, sosteniéndose a un nivel puramente reivindicativo y caracterizado por sus formas reactivas frente a las políticas urbanas, es decir, son en un momento dado coyunturales y contestatarios.

De igual forma, Castells habla de los movimientos sociales urbanos como producto de necesidades objetivas de la población, es decir, “consumo colectivo” el cual pasa a ser un elemento funcional indispensable, objeto de reivindicación, y además, del sector deficitario en la economía capitalista.

En cuanto al Estado, lo entendemos como la “red de relaciones de fuerza y consenso, donde impera la clase dominante sin que esto equivalga a la desaparición de las fuerzas antagónicas en su mismo seno. Estas condiciones permiten la imposición de ciertas demandas de las clases subalternas” (Alonso, 1985: 29).

Por otra parte, el o los movimientos sociales urbanos, aun cuando poseen una base meramente reivindicativa, se diferencian de los movimientos o acciones coyunturales por su capacidad de pasar de un objetivo a otro, de luchar exitosamente por su satisfacción, y de ligar, por su práctica de clase, las distintas contradicciones que se dan en el ámbito de la reproducción social (Henry, 1978).

Teniendo en cuenta la amplitud de la categoría “Movimientos Sociales Urbanos” (Ramírez, 1984) y su aplicabilidad en el contexto general, se prevé que el MUP es la expresión local para el caso mexicano, teniendo en cuenta que ésta engloba a contingentes sociales pertenecientes a sectores populares urbanos en acción, en la procura de mejores condiciones de vida. El MUP como denominación surge de los propios, en el complejo escenario urbano de México, durante la década de los setenta, cuando se comienzan a dar los primeros pasos hacia la unidad de los movimientos urbanos en torno de un proyecto nacional orgánicamente dada a través de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP).

El MUP como expresión de lucha urbana en México

El punto de origen del MUP, de acuerdo con distintas aproximaciones (Ramírez, 1984; Moctezuma, 1985; Ziccardi, 1985; Perló y Schteingart, 1986), se remonta a finales de los sesenta del siglo pasado, derivado de una serie de condiciones y circunstancias que se muestran en el plano nacional.

De acuerdo con Ramírez, se conjugan una serie de factores distintos:

- “1.- La producción capitalista de vivienda constituye para los agentes económicos que intervienen en ella (terratenientes, constructoras, promotores inmobiliarios, financieros, etc.) una mercancía más, de la cual extraer plusvalía y no tanto para satisfacer necesidades de la población.
- 2.- El enorme contingente de desempleados y subempleados existentes en las ciudades (como resultado de las migraciones y de la escasa generación de fuentes de trabajo), así como la insuficiencia del salario para cubrir las necesidades básicas de la reproducción de la fuerza de trabajo, provocan que sus condiciones materiales de vida presenten niveles grades de deterioro.
- 3.- Un buen número de contratos colectivos de trabajo no incluyen cláusulas relativas a prestaciones relacionadas con la situación de habitantes de la ciudad que caracteriza a los trabajadores urbanos (Acceso a la tierra, dotación de servicios urbanos, contaminación ambiental etc.).
- 4.- Los programas y, sobre todo, la actividad de los partidos políticos de oposición, se hallan, en gran parte, desvinculados de las reivindicaciones urbanas de los ciudadanos.” (Ramírez, 1986: 402).

Algo a destacar es que el MUP tiende a generalizarse a partir de la década de los setenta; su denominación es acuñada por parte de los propios protagonistas, en los años posteriores a los acontecimientos violentos de 1968 y 1971; sus raíces se encuentran en los movimientos inquilinarios de los años veinte y treinta ocurridos en varias ciudades del país (García Mundo, 1976; Castells, 1983; Taibo, 1984, 1986; Durand, 1987); comparten escenario con distintas luchas sociales sectoriales (Sindicalistas, campesinos) de los años cincuenta hasta los setenta; su capacidad para constituirse en un actor protagónico en la ciudad a través de un esquema organizativo autónomo y prácticas de cultura alternativa (Meza, 1984).

El contexto social y político en que aparece está atravesado por al menos tres elementos: la crisis del modelo de dominación que devino en empobrecimiento, rezago social y violencia política en distintas regiones; la pérdida de legitimidad del régimen, que se tornó en situaciones conflictivas y; la recomposición del territorio, migración campo-ciudad y tendencias metropolitanas que se traducen en caos urbano que se traducen en elementos caóticos en la vida del país (Tamayo, 2022; Cadena, 2016; Ramírez, 1986).

En su definición más precisa, los MUP están catalogados como tales a partir de que cumplen un listado de requisitos: a) una organización consolidada; b) una relativa estabilidad interna incuestionable y c) una posición firme frente Estado y la élite económica (Ramírez, 1984: 29); su

espectro social engloba a colonos, inquilinos, posesionarios, solicitantes de vivienda y trabajadores no asalariados, en la lucha por mejorar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo (Moctezuma, 1984: 63); es portador de cultura política democrática, entendida como “el conjunto de valores, creencias, orientaciones, actitudes, expectativas y (sobre todo) normas, conductas prácticas acerca del sistema social y político (Alonso y Rodríguez, 1987); se caracteriza por su efecto innovador en cuanto a prácticas en la lucha social: referido en primer lugar a su posición autónoma o independiente, su exigencia de libre organización y reconocimiento a sus órganos de representación, acompañado de una dinámica de participación colectiva.

El paso de la distintas y variadas formas de lucha, contenidas en los movimientos sociales, y en este caso el MUP, a la participación ciudadana tiene que ver con la ruptura en el esquema movimientista y el paso a la lucha electoral; la dualidad existente entre las formas de lucha y la participación ciudadana que en primera instancia se sitúa en el ámbito puramente electoral, inmersa en la coyuntura de 1988, que nos lleva a nuevos escenarios en que los movimientos sociales entran en decadencia, o al menos aquellos como el MUP, que, como señala [Tamayo \(2009, 2022\)](#), “su perspectiva se construyó combinando tres aspectos: las causas objetivas de la situación social, las formas de lucha y organización del movimientos, y la confrontación con el Estado, al que se definía como clasista y represor” (p. 97). En eso se acuñó una tradición que en algunos casos se mantiene y profundiza y a la vez se inserta en la nueva realidad sociopolítica que se abre un amplio horizonte en lo electoral.

- El movimiento pasa por la construcción de espacios de convergencia en que los distintos grupos sociales intercambiaron experiencias en cuanto a formas de organización y lucha que incluían
- “estilos semejantes de establecer reuniones, formar comisiones, elegir representaciones políticas y sociales, interpretar la democracia directa, organizar asambleas, decidir por mayoría, aceptar o no la disidencia en el interior de las organizaciones, el derecho de formar fracciones y facciones políticas minoritarias, construir asociaciones de carácter legal (Ibid.: 97).

Es lo que podríamos nombrar un repertorio de prácticas distintas, alternativas que le dan otro contenido y otro sentido a la acción colectiva. La reivindicación de las posturas independentistas y autonomistas, las formas de organización y acción que promueven el diálogo, el debate y toma de decisiones privilegiando la participación de los núcleos de base, tomándose, además, el espacio público como un bien común sobre el que se puede actuar en libertad, en general, la apertura hacia una cultura política alterna (Maldonado, 1983; Alonso y Rodríguez, 1987, Meza, 1984, Tamayo, 2022).

El MUP introduce de modo significativo, repertorios de lucha² amplios y diversos: a) plantones y las tomas simbólicas, b) una práctica organizativa territorializada o sectorizada, con estructuras y formas que alientan el diálogo y la participación (asentamientos, mediante la introducción de figuras como los jefes de manzana, acera o zona y otras formas de representación como las coordinaciones de sector); tiende a la adopción de valores sociales y políticos que trascienden el pensamiento dominante; dando paso en la práctica a maneras más conscientes y discutidas y un rechazo explícito a las formas de control y organización corporativas, auspiciadas por el Estado; la introducción en una dinámica de trabajo de alta participación y educación política encaminadas a la formación de cuadros políticos, necesarios para engrosar el frente de lucha; la incorporación de elementos simbólicos de luchas previas, situadas en un marco histórico e ideológico que a la larga se constituyen en elementos identitarios de los movimientos sociales desde la izquierda. Se trata de símbolos históricos de las luchas de liberación en América Latina alusivos a eventos y personajes, reconocidos como “heroes populares”: el líder guerrillero Ernesto “Che” Guevara, Camilo Torres, el líder agrario Rubén Jaramillo morelense, de México, los también guerrilleros Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, personajes importantes de la revolución mexicana como Emiliano Zapata y Francisco Villa entre otros. (Zepeda, 2014).

La trayectoria del MUP está cruzada por varias coyunturas. De 1968 a 1988 y puede alcanzar incluso el año 1990. Ramírez (1986) habla de siete etapas; Zepeda (2018), amplía la mirada e incorpora una más 1987, la coyuntura en que viene la declinación, en el marco de la lucha electoral, en la que la mayor parte de los movimientos sociales declinan; por su parte, Bennett (1993), engloba un interesante recuento en tres grandes oleadas: la primera transcurre con los primeros años de la década de los setenta; la segunda de 1978 a 1983 y la tercera va de 1985 y 1988. Teniendo en cuenta ésta, la mayor parte de las experiencias del MUP se dan en la segunda oleada (1979-1983), o expresiones de segunda generación (Mosiváis, 1986) sobre todo en los casos sobre los que se centra la atención del presente trabajo.

Actualmente, el MUP

“... ha transitado de las luchas por suelo, vivienda y servicios a aquellas por los derechos sociales y políticos de los habitantes y por ciudades justas, sustentables, sanas, educadoras, productivas, incluyentes y democráticas, también ha alzado vuelos en la globalización para hermanar experiencias, denuncias y acciones en el plano de lo mundial.” (Bautista; 2015: 66).

² El término “repertorios de lucha” se refiere a las distintas formas de acción y los recursos que se ponen en juego de acuerdo con los tiempos y ritmos que se vive en los movimientos sociales.

Uruapan, Tepic y el MUP de segunda generación

El origen del MUP en ciudades intermedias y pequeñas se asocia en buena medida con situaciones de orden regional y local y, seguramente, en función de sus formas de inserción a los procesos de desarrollo. En Uruapan, segunda ciudad más importante del estado de Michoacán y en Tepic, capital del estado de Nayarit, sus respectivas experiencias de urbanización tienen como correlato distintas coyunturas económico-políticas con un trasfondo de modernización, con el cual se puso el territorio urbano sobre la mesa del mercado. Así, el contexto en que estas ciudades viven sus procesos de urbanización se asocia con distintos eventos, que se muestran en el cuadro siguiente.

Contexto en que se desarrolla en MUP en Uruapan y Tepic.

Uruapan	Tepic
➤ La antesala de la modernidad, de los años 30 a los 50. ➤ Las rentas del Uruapan y su posicionamiento: la Cuenca del Tepalcatepec, desarrollo de infraestructura entre los años 60 y 70. ➤ Los años ochenta y la urbanización popular hasta los años noventa. ➤ El nuevo milenio y la tendencia de crecimiento multidireccional de la mancha urbana.	➤ Primera modernidad, de los años 50 a los 80 ➤ La urbanización popular, de 1981 a 1994. ➤ La contención y “control” del crecimiento urbano por la intervención estatal, 1994-1999. ➤ La intensificación del crecimiento, la urbanización en el marco de la participación estatal, de 2000 al momento actual. Creación de la reserva urbana “La Cantera”, que marca la tendencia más reciente en el proceso de crecimiento del Tepic actual.

Fuente: Elaboración propia con base en Zepeda (1992, 1993; 2018a)

El MUP en Uruapan

El MUP uruapense atraviesa por tres momentos que se caracterizan por la participación en cada uno de ellos, de actores de distinto origen: los “sinarquistas”, los de la izquierda “reformista” y los de la izquierda “independiente” o “revolucionaria”. Puede decirse que su antecedente más remoto data de la década de los treinta (1937) con las primeras huelgas de pagos de los usuarios de energía eléctrica. Movimientos similares se vivirían durante los años cincuenta en dos ocasiones (1957, 1958). Luego

vendrían los sesenta con un movimiento más amplio, el antecedente inmediato del MUP uruapense y su desarrollo.

Sus expresiones más acabadas en Uruapan se evidencian a finales de la década de los setenta, con la fundación de la Colonia Popular Rubén Jaramillo (Zepeda; 1992, 2018). Su espectro social está representado por organizaciones de comerciantes en pequeño, ambulantes, usuarios de servicios públicos agrupados en organizaciones frentistas u organismos amplios y grupos de colonos, cuya máxima expresión es la colonia Rubén Jaramillo”.

Su trayectoria transcurre por cuatro momentos: el primero inicia a partir de 1961 en que se crea por primera vez una colonia popular, nombrada “28 de Octubre”, fundada por activistas sociales ligados a un partido político de la izquierda tradicional, el Partido Comunista Mexicano (PCM), al que se le unen grupos de estudiantes de la recién creada Facultad de Agrobiología; el segundo se relaciona con una importante oleada de poblamientos y ocupaciones de distintos sitios en la periferia de la ciudad, sitios inhóspitos de suelo de “malpaís”, copando en gran medida barrancas y lomeríos, a mediados de los años setenta; el tercero, entre 1979 y 1980, con la fundación del mayor asentamiento, la colonia Rubén Jaramillo, que destaca por su tamaño y por la articulación con proyectos de organización popular que provenían del ámbito estudiantil, en el medio universitario y actores urbanos emergentes, como sucede en el caso de los comerciantes ambulantes; y, cuarto, que se da a partir de mediados de la década de los ochenta, con la proliferación de experiencias de organización y poblamiento urbano popular, algunas que van más allá de acciones espontáneas.

El MUP de Uruapan, en sus distintos momentos y circunstancias

Aunque desconectado un poco al margen de la realidad nacional, en primera instancia, el MUP en esta ciudad se logró potenciar mediante la incorporación del sector estudiantil en tareas de organización o asesoría de los movimientos. Se vivían los últimos años de la década de los setenta y el movimiento estudiantil, teniendo como cuartel general las casas de estudiantes, las cuales han sido desde sus orígenes, auténticas escuelas de cuadros.

En Uruapan, el espectro social del MUP está compuesto por organizaciones de comerciantes en pequeño, ambulantes, usuarios de servicios públicos agrupados en organizaciones frentistas u organismos amplios y grupos de colonos, cuya máxima expresión es la colonia Rubén Jaramillo” notable por su combatividad y su capacidad de movilización.

En el desarrollo del MUP local se ha contado con la presencia y acompañamiento incuestionables de parte del movimiento estudiantil universitario. Históricamente, en Michoacán, en sus principales ciudades, en las que se cuentan con subsedes de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), ha existido casas y albergues estudiantiles subsidiados por la propia institución

llamados genéricamente “Casa del Estudiante”, estas se encuentran agrupadas en un frente denominado Coordinadora de Universitarios en Lucha (CUL), organización representativa, cuya presencia es importante en la universidad; entre los años setenta y ochenta, esta organización fue parte importante en la organización y movilización de las Casas de Estudiantes, a su vez punto de apoyo y enlace de los movimientos sociales con la universidad, en el este caso el MUP mantenía un vínculo importante. En ese sentido, el vínculo universidad sociedad es algo que comparten muchas ciudades y es algo que se encuentra en estrecha relación con la historia de los movimientos sociales y el MUP no es la excepción.

El devenir del movimiento popular independiente en Tepic

Como actor principal del medio urbano, el MUP salta a la luz pública en los albores de la década de los ochenta. Estaba compuesto, básicamente, por grupos de colonos, inquilinos, usuarios de distintos servicios públicos (agua, luz, gas), comerciantes ambulantes, etcétera., agrupados en distintos organismos sociales.

Su origen en Nayarit está conectado con distintos pasajes marcados por la presencia de un esquema en que la organización y representación de las demandas sociales estaban monopolizados hasta mediados de los años setenta del siglo pasado, por las organizaciones de masas priistas. Su presencia marca el quiebre con dicho esquema y abre nuevos horizontes a la lucha social, irrumpiendo al mismo tiempo en la lucha política, enfocándose sobre todo en la problemática urbana, particularmente la presión sobre el suelo para vivienda y las exigencias frente a las instancias por dar respuesta a éstas. El período de mayor presencia del MUP va de 1981 a 1988 y, ciertamente, se constituyó en proyecto alternativo de participación ante la crisis partidista. Después de ésta, el movimiento popular sucumbe ante la fiebre electoral provocada por la coyuntura de 1988 y la emergencia de partidos como el PRD y el PT, que se nutren de importantes contingentes que años atrás habían estado articulados al MUP. El ciclo del MUP cruza la década de los ochenta, coincide con el ánimo del gobierno en turno por restituir a las organizaciones priistas la capacidad de control social, mediante la puesta en marcha de una política de puertas abiertas y de acciones para dar respuesta a problemas sentidos, otorgándoles, a dichas organizaciones, manos libres en la gestión de demandas sociales, alentando, incluso, estructuras paralelas a las del MUP –como ocurrió en el medio urbano–, dando la pauta para lo que se identifica como los grupos independientes y oficialistas.

Lo que ocurre en el medio urbano es el reflejo de la situación que se vivió prácticamente a lo largo de la década de los ochenta. La emergencia de nuevos actores provocó cierta presión sobre el gobierno, puesto que puso en entredicho la legitimidad de la estructura sectorial priista que ejercía un control muy férreo a través de una muy amplia gama de organizaciones de masas situadas en los

distintos planos de la sociedad. En el primer momento, Emilio González tomó el control de las viejas estructuras del aparato de control corporativo y las reactivó con la clara intención de neutralizar a los grupos independientes, abriendo cauces paralelos desde el PRI y poniendo en marcha un plan de mayor alcance enfocado a desgastar y disminuir la fuerza del MUP.

La declinación del MUP, motivada por distintos factores, después de un período más o menos intenso, ve aparecer distintas expresiones que, en cuanto a formas y orígenes, entre ellas la Unión Popular Independiente de Nayarit (UPIN), en el mes de octubre de 1987.

La trayectoria del MUP en Tepic, origen, evolución y decadencia

La emergencia de este movimiento marca el quiebre con dicho esquema y abre nuevos horizontes a la lucha social, con impacto marcado al mismo tiempo en la lucha política, enfocado, sobre todo, en la problemática urbana, particularmente la presión sobre el suelo para vivienda y las exigencias frente a las instancias por dar respuesta a éstas; el período de mayor presencia del MUP en esta ciudad va de 1981 a 1988 y, ciertamente, reconocer que se constituyó en proyecto alternativo de participación ante la evidente debilidad de otros actores sociales y políticos, principalmente los partidos que, para la época vivían una crisis profunda; la experiencia transcurre entre 1981 y 1988, alcanzando una notable presencia la capital del estado, Tepic, y ciudades secundarias; ve aparecer distintas expresiones que, en cuanto a formas y orígenes, entre ellas la Unión Popular Independiente de Nayarit (UPIN), en el mes de octubre de 1987; éste sucumbe ante la fiebre electoral provocada por la coyuntura de 1988 y la emergencia de partidos como el PRD y el PT, que se nutren de importantes contingentes que años atrás habían estado articulados al MUP; su declinación está motivada por distintos factores, ocurre después de un período más o menos intenso: la presión desde el poder público que desestabilizó al interior de los grupos de liderazgo; las diferencias de método entre los grupos de liderazgo, llegando a situaciones de máxima tensión y violencia (Cervantes, 2018), tal como ocurrió en el caso de una de las organizaciones más importantes de Tepic, la Organización Tierra y Libertad (OTyL), un 26 de enero de 1986; la obtención, en el mejor de los casos, de respuesta positiva a las demandas centrales; la articulación de los liderazgos a la lucha electoral, como ocurrió en el caso del grupo de MLP en Xalisco, que participan en una alianza con el Partido Revolucionario de los Trabajadores en busca de la Alcaldía de ese municipio. Justamente, es el ambiente electoral donde se incrusta parte del MUP y otros movimientos sociales, en el marco de la elección federal de 1988, marcado por la ruptura al interior de la élite política en el poder, la confrontación y la demarcación de dos grandes bloques en contienda. El resultado, un fraude electoral de dimensiones monumentales, la demarcación de dos bloques en disputa por el poder, la reconfiguración del tablero político al que se incorporan nuevos partidos políticos, entre 1989 y 1991, con impacto directo en los

casos del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y el Partido del Trabajo (PT), el MUP emigra a la política (Haber, 2009). El primero se crea a partir de la gran convergencia de partidos, organizaciones sociales de lo más diversos que, en primera instancia había hecho parte del Frente Democrático Nacional (FDN) en busca de la presidencia de la república que, ante el fraude continuaron la lucha de resistencia que confluyó en parte en la conformación de un partido político y en éste tributaron una cantidad importante de organizaciones sociales del MUP en distintas ciudades del país; en los segundo, fue un años después, en el marco de la reforma sobrevino al proceso electoral de mayor tensión en la historia del país, luego de un paso fugaz como parte del bloque de resistencia que dio origen al PRD, en medio de la sospecha se separan y plantean su propio proyecto, aprovechando su condición hegemónica en el MUP de Chihuahua, Durango, Nuevo León, Veracruz y otras entidades, en el marco de la corriente maoísta de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM).

En el marco de los nuevos tiempos, los movimientos sociales en distintos escenarios y circunstancias se dan en distintas temporalidades. En Europa y Estados Unidos, se centran sobre aspectos diversos: derechos civiles, medio ambiente, nuevas formas de acción política y construcción democrática, como se vislumbra en la obra de McAdam, McCarthy y Zald (1999); lo que ocurre de los años noventa hacia acá en México, más allá de la transición política que tiene un impacto importante sobre la vida electoral, se vive una nueva oleada de movilizaciones sociales. En décadas recientes, a nivel general se han multiplicado las protestas sociales de orientación y contenido variados: los movimientos en defensa de la tierra en diferentes partes del país, sobre todo en áreas rurales (Indígenas y campesinos); movimientos en defensa del agua y los recursos naturales; los movimientos en contra del extractivismo; el patrimonio cultural y en contra de los proyectos de expansión de empresas transnacionales en el país; en contra de los mega desarrollos urbanos en distintas ciudades y complejos turísticos de sol y playa.

En nuestro país, con independencia de las expresiones locales, a nivel general, y en algunos casos como parte de tendencias globales y en contra de la globalización como tal, sobresalen el movimiento indígena, con la emergencia del zapatismo, catalogado como el primer movimiento guerrillero “informativo” de la historia (Castells, 2001), el cual se distinguió en su momento como el movimiento más mediático y tecnologizado, en enero de 1994, el movimiento popular desplegado en ciudades como Oaxaca, en 2006, los movimientos estudiantiles centrados en la lucha por democratizar el país, #Yo Soy 132, en 2012, o bien en defensa de la vida y los derechos humanos, Ayotzinapa, 2014 (Torres-Ruiz, 2019).

En la era de la información, después del levantamiento armado zapatista, que comparte protagonismo a nivel global con otros más: la milicia estadounidense y el movimiento patriótico de los años noventa;

el movimiento ecologista mundial y la revolución sexual y la ruptura con el patriarcado (Castells, 2001); lo que se traduce, en el ambiente de las redes sociales que viene más adelante en una tendencia encaminada al ciberactivismo (Pleyers, 2018), como un elemento que agiliza los procesos y acelera el flujo de la información, dándole a la acción colectiva un carácter más amplio en cobertura con una importante tendencia a la globalización.

El MUP y su legado a las luchas sociales actuales

Los movimientos sociales en su mayoría tienden a la disolución, unos por desgaste, otros porque sus banderas de lucha fueron cayendo al cumplirse parte de sus demandas; en el marco de la transición político electoral de finales de los años ochenta, algunos de los grupos se adscriben al ámbito partidista incorporándose al gran frente de centro izquierda encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, quien encabeza la ruptura con el régimen; algunos otros se convierten en partidos políticos y se incrustan en la lucha electoral: sucede en 1989 con la fundación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y, en forma posterior, casi un año después, con la creación del Partido del Trabajo (PT). En el primer caso como continuidad a la lucha poselectoral en contra del fraude, en el que convergen una amplia gama de grupos políticos y sociales y en el segundo es la concreción de las aspiraciones de uno de los grupos más importantes en el movimiento popular, representado por la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas (OIR-LM).

Uno de los aspectos en que el MUP abonó, sin temor al equívoco, es que por sí mismo, hace parte de una cultura política emergente desde los movimientos sociales, que se sale del marco institucional. Si asumimos que la cultura política se define a partir del conjunto de valores, creencias, orientaciones, actitudes, expectativas y (sobre todo) normas, conductas prácticas acerca de y frente al sistema social y político, sobre todo se relaciona con “sentimientos, creencias, valoraciones que dan significado a lo político ...se refiere a diversos ethos en torno a las relaciones de poder...” (Alonso, 1996: 1939), expresado mediante prácticas diversas de adhesión, indiferencia o rechazo frente al poder, en un contexto en que el sujeto social y político piensa y actúa en el marco de patrones de pensamiento y acción colectivos..

La práctica política que introduce en sus diferentes niveles: un primer aspecto es la posición autónoma o independiente; la construcción de un marco discursivo en que se enfatiza la libre organización y reconocimiento a sus órganos de representación; la libre acción y participación en el ámbito colectivo, tal como sucede con las “organizaciones surgidas en terrenos tomados, se reúnen en asambleas generales, en las cuales reside la máxima autoridad, eligen representantes por manzana o sector para formar consejos de representantes, asambleas ... y promueven la participación amplia de los habitantes, tanto en las reuniones y tareas colectivas hacia el interior de la colonia, como en las

movilizaciones para presionar” (Moctezuma, 1984: 61-87) al capital y al Estado como sus principales adversarios, para arrancar condiciones más óptimas de vivienda, educación y servicios, entre otras cosas.

La presencia del MUP en el entramado social y político introduce formas de lucha que rompen el cerco y control institucionales, que logran activar a las masas en las calles y espacios públicos: asambleas públicas, plantones y las tomas simbólicas, acompañando esto con una práctica organizativa territorializada o sectorizada al interior de los asentamientos, mediante la introducción de figuras como los jefes de manzana, acera o zona y otras formas de representación como las coordinaciones de sector.

Un aspecto importante es la posición que asume en torno a la lucha de clases. Como movimiento político social, se posiciona desde la subalternidad, colocándose de frente a los grupos hegemónicos y del aparato institucional como sus principales adversarios, en la conciencia de su existencia misma pone de manifiesto el resquebrajamiento de la dominación que de manera tradicional mantienen el Estado, su partido y los grupos de poder económico (Maldonado, 1983).

De acuerdo con Alonso y Rodríguez, los nuevos movimientos, o los movimientos de los grupos subalternos, tienen con visión de futuro, de oponerse a sus dominadores, de innovar, de crear formas que anuncian una nueva sociedad a través de vivir otros valores, adoptar otras actividades a las impuestas y desatar acciones por el poder popular” (Alonso y Rodríguez, 1987: 5).

En el caso de Tepic y Uruapan, del mismo modo que en otras ciudades del país, el MUP se constituyó en un acontecimiento sociopolítico de grandes alcances, que concitó la presencia de grandes contingentes en el medio popular, entre ellos colonos, inquilinos y solicitantes de suelo urbano, enfocados en gran medida a resolver el problema de la vivienda algunas de las principales ciudades de la entidad, sobre todo en la capital Tepic.

El origen en sí del MUP, está relacionado en gran parte con la presencia de la universidad de finales de la década de los setenta. Actores como el sindicalismo universitario emergente, el cual vivía tiempos aciagos, derivado en parte de la acción deliberada desde el aparato institucional empeñado en contener la lucha democrática. De este modo camina de la mano del movimiento estudiantil que pugnaba por mayores espacios de expresión democrática, ante las dificultades al interior de las universidades públicas, en la UMSNH y la UAN, por igual, con una orientación social que termina vinculándose a las luchas sociales en el medio urbano. En ello convergen grupos de activistas sociales con experiencias de trabajo con raíces maoístas, con experiencia de trabajo en el MUP nacional, entre Durango, Chihuahua y Monterrey.

Conclusión

La pregunta sobre el legado del MUP y otros movimientos sociales de su época, plantea la necesidad de pensar en algunas de las características de éstos, lo que han sido las constantes, lo que pervive y persiste en la actualidad, para convertirse en líneas de continuidad entre los viejos y los nuevos movimientos sociales.

En primer lugar, habrá que pensar en la centralidad de la organización y la movilización como soportes de los procesos sociopolíticos en los que se insertan los movimientos sociales...

La importancia de la construcción de procesos autonómicos como la llave para interactuar frente a sus adversarios y para la construcción de alianzas no condicionantes. La autogestión como uno de sus aportes.

La horizontalidad del diálogo como un ejercicio permanente y como soporte en la toma de decisiones, mediante la introducción de métodos de trabajo enfocados a la conformación de agrupaciones democráticas, permeadas por formas de trabajo participativas, incluyentes, sustentadas en el libre pensamiento y acción.

De modo hipotético, siguiendo la línea de reflexión de Pleyers (2018), se puede decir que, el vínculo entre los viejos y nuevos movimientos sociales no supone rupturas sino el establecimiento de líneas de continuidad. Puede decirse que los contextos, los sistemas de actores y las demandas cambian, las problemáticas también, por lo tanto; sin embargo, son los repertorios de lucha los que se transmiten de generación en generación, de una época a la otra.

Referencias

Alonso, J., 1996, "Cultura política y partidos en México", en Esteban Krotz (coord.), El estudio de la cultura política en México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Bautista-González, R., 2015, Movimiento Urbano Popular. Bitácora de Lucha 1968-2011, Casa y Ciudad, México.

Bennett, V., 1993, "La evolución de los movimientos urbanos populares en México entre 1968 y 1988", en América Latina Hoy, núm. 7, enero, México, pp. 89-96.

Borja, J., 1981, "Movimientos urbanos y cambio político", en *Revista Mexicana de Sociología*. IISH-UNAM. México, pp. 1341- 1369.

-----, 1974, *Movimientos Sociales Urbanos*. Ed. SIAP, Buenos Aires, Argentina.

Cadena-Roa, J. (2016) "Las organizaciones de los movimientos sociales y los movimientos sociales en México, 2000-2014". Friedrich Ebert Stiftung, México, marzo.

- Castells, M., 1983, *La cuestión urbana*. S. XXI eds. México.
- , 1983, *Movimientos Sociales Urbanos*. S. XXI eds., México.
- , 1983, *La ciudad y las masas: Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Alianza Universidad (Textos), Madrid, España.
- , 2001, *La era de la información, economía, sociedad y cultura* (vol. II: el poder de la identidad), S. XXI Eds., México.
- Durand, J. ,1989, “Huelga nacional de inquilinos: los antecedentes del MUP en México, en *Estudios Sociológicos No. 19*, el Colegio de México, México.
- Galindo, L. J., 1987, *Movimiento Social y Cultura Política*. Discurso, conciencia, historia... Universidad de Colima, México.
- García-Mundo, O. El movimiento inquilinario en Veracruz, 1922, en *SepSetentas*, México.
- Gómez-Carmona, G. (2022). “Movimientos sociales en el espacio urbano contemporáneo”, en *Crítica urbana*, Número 24. México, junio, 29-32.
- Haber, P., 2009, “La migración del Movimiento Urbano Popular a la política de partido en el México contemporáneo”, en *Revista Mexicana de Sociología* 71, núm. 2 (abril-junio), Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, México, pp. 213-245.
- Henry, E., 1978, *Política urbana y movimientos sociales en el proceso peruano, 1968-1976*, s/e, Lima, Perú
- Maldonado, L. (1983)
- Mejía, C. y Sarmiento, S. (1987)
- Meza-Ponce, A. (1984). “El movimiento urbano popular de Durango”, en *Nueva Antropología*, Vol. VI, No. 24, México 1984, pp. 89-98.
- Moctezuma, P. y Navarro, B., 1984, “Proletariado, Estado y reproducción de la fuerza de trabajo en colonias populares”, en *Nueva Antropología* No. 24, vol. VI, México, pp. 5-19.
- Monsivais, C., 1986, “La caída al paraíso urbano”, en *El Cotidiano*. UAM-A, México, pp. 15-19.
- Perlo, M. y Schteinghart, M., 1984, “Movimientos sociales urbanos en México”, en *Revista Mexicana de Sociología*. IISH-UNAM, México, pp. 105-125.
- Pleyers, G. (2018). “Movimientos sociales en la década de 2010”, en Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. CLACSO. Buenos Aires Libro digital, PDF - (Democracias en movimiento), pp. 25-44.
- Ramírez-Saiz, J. M., 1984, “Movimientos sociales urbanos en México: elementos para una nueva caracterización”, en *Nueva antropología*. No. 24, vol. IV, México, pp. 21-50.
- , 1986, *El movimiento urbano popular en México*. S. XXI eds., México.

-----, 1986, “Reivindicaciones urbanas y organización popular. El caso de Durango”, *Estudios demográficos y urbanos* No. 3. El Colegio de México, México, pp.399-421.

Taibo II, P. I. y Vizcaíno, R., 1984, “Inquilinos del D.F., a colgar la rojinegra”, en Taibo II, P. I. y Vizcaíno, R., 1984, *Memoria Roja. Luchas sindicales de los años 20*. Crónica General de México/Leega Júcar, México, pp. 124-183.

TAIBO II, P. I., 1986, *Bolsheviks*. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925). Joaquín Mortiz, México.

Tamayo, S., 2009, “Participación ciudadana y movimientos sociales”, en Mestres, F., Pleyers, G. y Zermeno, S. (Coords.), *Los movimientos sociales de lo local a lo global*, Ed. Anthropos/UAM-A, México, pp. 79-103.

Tamayo, S., 2022, “El Movimiento Urbano Popular en México: de lo social a lo político”, en Clave de Sol, suplemento Este País, Madrid, 1 de junio.

Tarrow, S., 1997, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial, Madrid.

Tilly, Ch. y Wood, L. J., 2009, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Ed. Crítica, Barcelona.

Torres-Ruiz, R., 2018, Movimientos sociales y democracia en el México contemporáneo Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, vol. XIII, núm. 26, pp. 190-215.

Touraine, A., 1982, “Reacciones antinucleares o movimiento antinuclear”, en *Revista Mexicana de Sociología*. IIS-UNAM. México, pp. 689-701.

-----, 1986, “Los movimientos sociales”, en GALVAN DIAZ, Francisco, *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*. UAP-UAM/A, México.

Zepeda-López, J.S. (1992), Donde termina el pavimento y empiezan las casas de cartón, Tesis de Maestría en Antropología Social, El Colegio de Michoacán A.C., Zamora, Michoacán, México.

-----, 2014, “Pinceladas de ciudad alternativa”, en Zepeda-López, J.S. y Heredia, E. (coords.), *La Construcción de un sueño popular, Colonia 2 de Agosto, 1981-2011*, Ed. UAN, Tepic, Nayarit, México.

-----, 2018, De piedra, cartón y madera. Las ciudades de pobres. Ed. Académica Española, Madrid.

Ziccardi, A., 1986, “Problemas urbanos: proyectos y alternativas ante la crisis”, en González-Casanova, P. y Aguilar-Camín, H. (Coords.). *México ante la crisis (2)*. S. XXI eds., México, 52-86.